

carnaza, más aunque escuchó el aullido de los lobos y le pareció verlos huir por las cercanías de Molina de los Caballeros, en ese deseo interno de buscar siempre caminos limpios de monte, no tuvo ningún mal encuentro, ni con los truhanes ni con las bestias.

Asuntos semejantes se contaban al otro lado de los Pirineos. Allí se atribuían las muertes a los últimos seguidores de la gran herejía cátara, sofocada siglos atrás y que, de cuando en cuando, como una vulgar Ave Fénix, parecía renacer de sus propias cenizas.

Más Bracamonte no daba pábulo a chismes de taberna. Conoció a muchos judíos y nunca los creyó capaces de tales tropelías, tras las que se ocultaba algún que otro de los ociosos caballeros buscadores de fortuna, sin oficio tras la conclusión de las guerras civiles que dieron el trono de Castilla a Isabel, y sin ganas de batirse en tierras de Granada.

Nada más fácil para lograrla que recurrir al asalto de incautos inocentes y retroceder al abrigo de sus castilletes, a seguir la vida regalada de su cuna como quien nada teme y mal no hizo.

Chacón, ocultando sus verdadera identidad, se proclamaba, por donde hiciese un alto, trovador provenzal, buscando marcar la diferencia entre los simples bufones de La Gascuña o los más simplones cantarines de feria quienes, a su juicio, profanaban las plazas públicas sin el menor decoro; rodeados de busconas, las cuales, como acompañamiento gratuito de su danza, mostraban impudicamente la tersura de sus muslos como para incitar al corro de curiosos a seguir el espectáculo, y con él, hallar el refocile posterior entre jergones cubiertos de mugre tendidos sobre los propios carromatos, a cuya vera esperaban quienes buscaban el solaz de los instintos naturales.

Más si bien ahora desdeñaba a los juglares no era menos cierto que sus comienzos fueron juglarescos, e incluso en La Provenza, donde alcanzó cierta fama antes de los desdichados amoríos que lo condenaron al destierro, en ese afán humano por salvar la vida, se hizo acompañar de algunos juglares, chocarreros y tabernarios. Mas dados a las astrosas ramerías, al juego, al vino y a la haraganería en mezcla con las malas costumbres de la vida licenciosa, que a deleitar con donaire tañendo la vihuela, la cítola o el rabé, instrumentos que siempre lo acompañaban metidos en el zurrón.

Alguno de ellos, como el rabé o la cítola, ingeniados por sus propias manos. A más del arte propio para usar la lengua de Oc, mantenía brillantes cualidades en la composición de instrumentos y cajas de música, en oficio aprendido de los artesanos de La Lombardía. Es por ello que conocía la utilidad de las mejores maderas, y cuales serían los más adecuados ornamentos para dotar a la caja de música de una mejor y más elegante resonancia.

El propio Bracamonte, añadiendo a su desconocida cuna cartas de naturaleza, se tuvo siempre por descendiente del famoso gascón Marcabré, cuya fama como compositor de elegantes trovas se alzaba por encima de la barrera del tiempo; lo mismo que sus alocados y desventurados amores en la remota época en la que en Castilla reinaba el gran Alfonso, el Emperador. A Chacón, durante su infancia, día a día, le advirtieron que nació para mayores oficios que los del deleite de ociosos en la plazuela de cualquier lugar, tocando sus instrumentos.

-Has sido llamado y elegido, llegará tu momento y has de estar preparado para cuando eso suceda.